

La Eucaristía, Palabra por la que los hombres se abren a su verdadero deseo como deseo de identidad

M. ABDÓN SANTANER

3. Palabra eucarística y verdad del deseo de identidad en el hombre

En el periodo que llevó a la convocatoria del Vaticano II, los católicos practicantes comenzaron a oír hablar de la Misa como una celebración que comportaba dos tipos de mesa: la mesa de la Palabra y la mesa del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Se les invitaba insistentemente a no descuidar la primera. Esta invitación puso fin, poco a poco, a una costumbre cuyas raíces debían ser probablemente muy antiguas: la de llegar a Misa al comenzar el ofertorio, es decir, tras haber acabado todas las lecturas. Se decía «he llegado a misa» cuando se llegaba con tiempo suficiente para asistir a la segunda parte de la celebración. Hoy ya no se habla de este modo. Esta transformación de las costumbres y de la mentalidad es algo verdaderamente positivo. Sin embargo, esta transformación no significa que se haya comprendido realmente en qué sentido la Eucaristía es Palabra. En las reflexiones que siguen no hablaremos de la Eucaristía como Palabra con consideraciones sobre la importancia o utilidad de las

lecturas que se hacen en la primera parte de la Misa. Si la Eucaristía es Palabra, no lo es, en primer lugar, en razón de esas lecturas; lo es por sí misma. La Eucaristía es Palabra por la misma acción que en ella se realiza.

Pero es difícil comprender todo esto sin un mínimo de explicaciones, tanto a partir del acontecimiento en el que Jesús instituyó la Eucaristía como a partir de la experiencia de los hombres.

Estas explicaciones deberían ayudarnos a reconocer la Eucaristía como una Palabra que no puede reducirse a ningún otro tipo de palabra.

Tres temas de reflexiones:

- 1) El acontecimiento original.
- 2) La experiencia en nuestra vida humana.
- 3) La Eucaristía como Palabra en la que el hombre es iniciado en su propia identidad.

El acontecimiento original

EU/PALABRA: MEMORIAL/QUE-ES: La institución de la Eucaristía se enmarca en el cuadro de la última cena de Jesús. Esta última cena combina dos aspectos que son a un tiempo muy parecidos y completamente diferentes.

Por una parte, esta cena es una cena pascual (1); Jesús y sus discípulos rememoran en ella la salida de Egipto...

Por otro lado, esta cena es una cena que entraña una novedad: los discípulos son invitados a hacer en ella la memoria de Jesús...

Bajo cada uno de ambos aspectos, esta última cena quiere decir algo concreto. El simple hecho de realizar el gesto de tomar esta comida equivale a decir una palabra...

Lo menos que se puede decir es que este gesto es una palabra que nos impide olvidar.

Efectivamente, el gesto de la cena pascual, realizado por toda familia judía en la tarde de la Pascua, impedía que, en esta familia, se perdiera el recuerdo de las maravillas que habían puesto fin a la esclavitud de Egipto... (2). Paralelamente, la acción a la cual invita

Jesús a los suyos esa tarde debía impedirles olvidar alguna cosa...

En ambos casos, se dice una palabra para que sea imposible olvidar (3).

Sin embargo, contentarse con esta explicación es decir demasiado poco.

El gesto al que Jesús invita aquí a los suyos va a tener un alcance

muy distinto. Comprender este alcance nos obliga a volver sobre las

raíces bíblicas de la fórmula empleada por Jesús al hablar del «hacer memoria» (4).

En la Escritura, «hacer memoria» designa todos aquellos pasos a

través de los cuales el pueblo de Dios reafirma, a lo largo de su historia, su compromiso en la Alianza con Dios. Hacer memoria significa al mismo tiempo «recordar» y «volver» (5).

El gesto realizado para hacer memoria de la Pascua le indica a este pueblo, que olvida con frecuencia la Alianza, que debe «recordar» las maravillas cumplidas por Dios con él, y «volver» a

este Dios con todo su corazón... Y el gesto realizado como recuerdo

de la Pascua le dice a este Dios por quien el pueblo se siente abandonado en sus pruebas, que «se acuerde» de las promesas

hechas a su pueblo y que «vuelva» al medio de ese pueblo para llevarlas a término, para cumplirlas. «¡Acuérdate, Señor, y vuelve!»,

dice Israel a Dios (6).

Para hacer la memoria de la salida de Egipto, los hijos de Israel tomaban la cena pascual; su plegaria pedía a Dios que se acordase

de su intervención contra el Faraón y que volviese para llevarla a

término, para darle cumplimiento en la persona de su Mesías... (7).

Jesús, él mismo, en el transcurso de esta misma cena pascual, manda a sus discípulos realizar el gesto de la fracción del pan y de

compartir el vino para hacer su memoria; les inicia en una marcha

que prolonga y explicita el sentido de la oración de las generaciones

anteriores. «Haced esto en memoria mía» quiere decir «haced esto

para acordaros de mí y para volver a mí, vosotros, mis discípulos».

Pero, al mismo tiempo, «haced esto en memoria mía» significa «haced esto para que Dios se acuerde de mí y para que vuelva a

vosotros a través de mi persona».

En este segundo sentido, Jesús realiza un gesto en el que se afirma a sí mismo como enviado de Dios, el Mesías esperado e implorado a lo largo de los siglos por los antepasados.

Los dos sentidos, sin embargo, deben conservarse juntos. Su yuxtaposición da pleno sentido al gesto de la fracción del pan y del

vino compartido.

Este gesto no es simplemente el recuerdo de un acontecimiento que no hay que olvidar. Este gesto hace que los discípulos vuelvan a

Jesús y que Jesús vuelva a sus discípulos. Se establece una

mutua

presencia. Lo propio de este gesto es que, por él, la persona de Jesús se hace presente. Partiendo el pan y compartiendo el vino

«en

memoria suya» se le hace presente en el gesto mismo por el que se

le nombra. La acción así realizada no es únicamente una palabra.

¡Es la Palabra! Jesús es nombrado en este gesto con su identidad de

Mesías. Hacer el mismo gesto en memoria suya, es hacerle volver tal

como él se manifiesta a sí mismo llamándose Mesías. Es él quien

está allí, Palabra viva que se pronuncia.

Los que reconocen a Jesús como Mesías le hacen volver haciendo

memoria de él, partido y compartido, lo mismo que el Israel de los

antepasados hacía volver a su historia al Dios vivo al hacer memoria

de la primera Pascua.

Para Jesús, invitar a los doce a hacer memoria de él mediante este

gesto tomado de la cena pascual equivalía a afirmarse en su identidad de Mesías.

Los adversarios de Jesús le habían hecho muchas veces esta pregunta acerca de su identidad: «¿Tú quién eres?»,

preguntaban

insistentemente.

Jesús nunca dio una respuesta verbal.

Pero responde por la acción, por la Eucaristía. Diciendo a los suyos que le hagan volver por el gesto del pan partido y el vino

que

se comparte, Jesús de Nazaret dice quién es y qué conciencia tiene

de sí mismo. El es El, que vuelve si se hace memoria de él, si

«se le

llama», si «se le hace volver» haciendo el gesto que le expresa según su más profunda identidad.

Este gesto de la fracción del pan y el vino compartido expresan a

Jesús en su más profunda identidad porque este gesto remite a las

relaciones de reciprocidad que mantiene con su Padre de quien él

mismo se recibe y a quien se restituye sin cesar, en el Espíritu.

Este

gesto de la fracción del pan y el vino compartido expresa también a

Jesús de Nazaret en su más profunda identidad porque este gesto

remite a las relaciones de reciprocidad que ha venido a instaurar

entre él mismo y todos los hombres, a imagen del modo como las

cosas ocurren entre él y el Padre (8).

Realizar el gesto de la última cena en memoria de Jesús es hacer

que Jesús se exprese como Palabra, tal como él mismo se expresó y

se expresa: en su identidad de Hijo de Dios, Verbo del Padre (9).

Hacer este gesto es reconocer verdaderamente a Jesús como quien

es.

Al instituir la Eucaristía, Jesús cumple, de alguna manera, su propio deseo de ser reconocido (10). Para quienes realicen este gesto en el correr de los tiempos, será imposible hacerlo en la verdad de lo que significa sin reconocer en Jesús, por ese mismo

hecho, al verdadero Mesías. Hacer volver a Aquel a quien habían

llamado todas las generaciones de Israel cuando decían:

«Vuelve, Señor...» Sus mismos discípulos no habían reconocido a Jesús después de tantos años de vida con él, mientras que él había deseado tanto ser reconocido por ellos. Con la Eucaristía, los hombres más sencillos podrán reconocerle como quien es. Bastará para ello la fe con la que participan en ese gesto de la fracción del pan y del vino compartido. Partir el pan y compartir el vino para hacer la memoria de Jesús no es, pues, una simple reunión de los «ancianos del lugar» que se encuentran para no olvidar su pasado y, especialmente, en ese pasado, no olvidar el rostro del jefe, del fundador o del amigo añorado... Partir el pan y compartir el vino en memoria de Jesús, es satisfacer a Jesús de Nazaret en su deseo de ser reconocido en su más verdadera identidad. Más allá de su desaparición por la muerte, se cree que este Jesús es aquel a quien el Padre ha resucitado de entre los muertos por el poder del Espíritu (11). Haciendo memoria de él mediante el gesto en el que él mismo se expresa, en su cuerpo roto y su sangre derramada, se le hace volver manifestándose a sí mismo en su más verdadera identidad.

La experiencia de la vida humana
Debía tener yo veinticuatro o veinticinco años. Un compañero que me admiraba y que creía que yo estaba destinado a llevar un día la palabra hasta los grandes púlpitos del Sudoeste, se propuso liberarme de mi acento del Rosellón que le parecía espantoso. Pacientemente, me ayudaba a ensayar para conseguir eliminar

de mi garganta las erres que mi madre me había enseñado, a hacerlas resbalar por el borde de los dientes y a empujarlas con la punta de la lengua...

Tres o cuatro meses de virtuosos esfuerzos por mi parte dieron como resultado una serie de ronqueras. Acabé, pues, en el otorrino,

que era un hombre joven e inteligente. A la tercera visita, me preguntó de dónde era. Le contesté, arrastrando espontáneamente

mis erres que yo era de Rivesaltes, cerca de Perpignan. Este buen médico, me prescribió entonces como única medicina que volviese a pronunciar tal como me había enseñado mi madre...

PALABRA/REALIZA-H: El acento forma parte de la palabra por la que un hombre se expresa. Pero, en una palabra humana, el acento

no lo es todo. ¿Quién puede decir las vibraciones de que está llena

una palabra humana cuando en ella se expresa todo el hombre? ¿Quién puede decir el tormento que le supone a un hombre no poder expresarse realmente en la palabra que pronuncia?

Mucha

gente ha podido expresarse libremente en su acento, pero se les ha

machacado, y bastante más a fondo que a la mucosa de su faringe,

cuando no se les ha dejado expresarse según su verdadera identidad.

El hombre está hecho de manera que no se siente hombre más que en la medida en que consiga expresarse verdaderamente él mismo en la palabra que pronuncia.

La experiencia de la vida nos muestra que muy a menudo se impide a los hombres y a las mujeres expresarse a sí mismos en una

palabra que sea realmente su palabra.

Este es el caso de quienes no han tenido nunca la ocasión de

hablar por sí mismos porque, normalmente, hay otros que hablan en su lugar. Pero es también el caso de todos aquellos a quienes se les obliga o se les lleva a decir lo que no piensan. Y es además el caso de aquellos a quienes se les obliga a hacerse pasar por lo que no son, imponiéndoles un uniforme (de tela o de ideas) en el que tienen que debatirse, o inculcándoles un sentimiento de inferioridad o de superioridad bajo cuyo peso tendrán que representar su papel... Los lavados de cerebro, los indoctrinamientos «rehabilitantes», los catecismos ideológicos que hay que recitar de memoria, las cartillas para no cometer errores, tantas prácticas como hoy existen y por medio de las cuales se impide a muchos hombres expresarse a sí mismos según la verdad de lo que son. Estas prácticas se dan tanto en los regímenes totalitarios como, de una manera más sutil, en el libre torpedeo publicitario. Todos tienden a impedir el deseo de hombres y mujeres en aquello que afecta a un aspecto tan esencial del deseo como es, para el hombre, expresarse a sí mismo en una palabra que sea realmente suya. No es extraño que hoy algunos hombres, para conseguir expresarse a sí mismos en una palabra que sea suya, lleguen a romper con el entorno que pretende dictarles las palabras por las que deben expresarse. Este es probablemente el contenido de muchas situaciones

vividas

en los últimos tiempos en aquellas familias en las que el hijo o la hija,

ya crecidos, deciden cortar las amarras desgarrando de esta manera

el corazón de quienes más les quieren, pero también, cosa que casi

nunca se piensa, desgarrando su propio corazón... Esas mismas situaciones han sido vividas desde siempre por muchos adultos.

¡Cuántos de ellos se han condenado a sí mismos a situaciones difíciles e incluso peligrosas, antes que renunciar a expresarse según su identidad de hombre o de mujer: desde el sindicalista hasta

el poeta, desde el militante de la oposición hasta el disidente, desde

el rebelde al objetor de conciencia, son hoy legión los que prefieren

dejar de existir a los ojos de sus compañeros, compatriotas, camaradas, e incluso amigos, antes que expresarse con las palabras, frases o gestos que se espera de ellos y que, sin embargo,

algo les dice interiormente que no pueden aceptar.

No es raro oírles explicar su comportamiento diciendo: «No puedo

actuar de otra manera; ¡no sería yo mismo! ...».

¡Quieren ser ellos mismos! Y sin embargo, saben que al obrar como lo hacen saldrán perdiendo, humanamente hablando.

Y, con todo, se encuentra más tarde a estas mismas personas, que, cuando vuelven a hablar de aquel acontecimiento del que salieron perdiendo, reconocen que ha sido el momento crucial de su

vida a partir del cual encontraron su identidad más verdadera.

Cuando tienen que decir una palabra que les exprese de verdad,

vuelven a este momento de su vida. Para expresarse según su verdadera identidad de hombre o de mujer, hacen memoria de ese

momento de su pasado en el que soportaron ser perdedores, humanamente hablando. Conseguir esa palabra que verdaderamente le expresa, no es para el hombre una meta ineluctable, como la de ir llegando, poco a poco, al último escalón de su profesión. Conseguir esa palabra le exige mirar hacia el futuro sin dejar nunca de hacer memoria de su pasado. Tendrá entonces la posibilidad de realizar en el presente los actos que le expresen según su verdadera identidad. En una civilización de prisa y de progreso, la referencia al pasado casi no está de moda. Pero eso es una carencia grave para el hombre. La carencia de vitamina B no se consiguió diagnosticar más que después de un número considerable de muertos o, al menos, de gangrenas debidas al beriberi. ¿Será necesario una especie de beriberi que diezme nuestra sociedad para poder diagnosticar esa carencia que lleva a tanta gente de hoy a no saber quiénes son? La vitamina que les falta, ¿no será algo parecido a aquello que la Biblia llama «hacer memoria»? «Hacer-memoria» es ser hombre de raíces. Es poner en acción todo lo que ya se lleva dentro en el momento de encontrarse con lo que viene hasta nosotros y que se va a convertir un poco en nosotros mismos. Es poner los medios para no dejarse alienar ni asimilar por agentes exteriores a uno mismo. Es darse la posibilidad de ser una palabra que nos manifieste sin perder todo aquello por lo

cual, a lo largo de nuestro pasado, hemos llegado a ser nosotros tal y como somos.

Estas reflexiones que cualquier ser humano puede hacer a partir de su propia experiencia personal y que también la sociedad puede

llevar a cabo a partir de su experiencia colectiva, ayudan a comprender la profundidad de lo que le pasó a Jesús en el momento de instituir la Eucaristía.

Como Palabra, la Eucaristía realiza, para Jesús, su deseo de manifestarse plenamente en su identidad más verdadera. La Eucaristía es la culminación de una carrera en la que Jesús obedece

a su deseo de ser reconocido como quien realmente es. Al pedirnos

que partamos el pan y compartamos el vino en memoria suya, Jesús

está pidiendo a sus amigos que le tomen como quien es, con todo el

pasado de su propia existencia terrena, pero también con todo el

pasado a lo largo del cual los antepasados suplicaron su venida.

Pide sobre todo que, en su identidad, se tenga en cuenta este pasado que no es simplemente un pasado sino el lugar donde se

hunden las últimas raíces de su ser: el hecho de ser el Verbo en el

que Dios se expresa desde toda la eternidad.

Una Palabra como ésta le indica al hombre la grandeza y la necesidad de todos los caminos por los que, al mismo tiempo que

rechaza expresarse con palabras dictadas por otro, se obstina en

expresarse aunque sea pagando el precio más caro, según su propia

verdad. Esta obstinación del ser humano en expresarse en la

palabra

que le manifieste realmente es una obstinación que tiene sentido.

Pero para que esta obstinación no sea inútil, es necesario que el hombre haga memoria del pasado. Es necesario que haga memoria

en ese pasado, sobre todo de aquellos momentos cruciales en los

que, para expresarse en la verdad, tuvo que elegir ser, humanamente hablando, perdedor.

Esto es lo que la Eucaristía le dice a todo hombre y a toda mujer, a

todo grupo humano que quiere alcanzar su identidad más profunda.

La Eucaristía, iniciación para el hombre en su verdadera identidad

La reciente evolución en la práctica eucarística está marcada sobre todo por el interés en unir celebración y vida. Esta práctica

renovada tiene más en cuenta la identidad de los participantes.

Así,

se distingue entre una liturgia de adultos y una liturgia de niños; se

escucha con gusto el tam-tam de una misa africana, y permanece,

sin embargo, el órgano como el instrumento más solemne en Occidente. Esta es la aportación positiva de la reforma litúrgica del

Vaticano II. El elemento decisivo de esta aportación fue el de celebrar

la Misa utilizando las lenguas de los distintos países. Se permitió a

las palabras de la vida corriente que se convirtieran en palabras de

la Eucaristía.

Gracias a esta evolución, las palabras que se emplean en la

celebración eucarística son nuevamente palabras que «hacen memoria» de la vida que llevamos normalmente en nuestra existencia. En la Eucaristía Jesús se nos dice en una Palabra que es

su más verdadera identidad; podemos por nuestra parte decirnos

para él mediante una palabra en la que se expresa nuestra identidad.

En esto, todo es completamente normal.

La Eucaristía, como Palabra en la que Jesús se manifiesta, debe despertar en nosotros, normalmente, el deseo de manifestarnos también nosotros mismos. Debemos alegrarnos, pues, de poder utilizar, en la celebración de la Eucaristía, palabras que son realmente nuestras: las palabras más exactas, mejor adaptadas y

más expresivas de nuestra historia personal y colectiva, de nuestra

cultura en su mayor autenticidad.

Sin embargo, la Eucaristía, como Palabra en la que Jesús se manifiesta en su más verdadera identidad, nos advierte que no llegaremos a decirnos en nuestra más verdadera identidad simplemente con volver a encontrar las palabras justas de nuestra

propia lengua. A un hombre, a una mujer, a un grupo humano, no le

basta con utilizar el vocabulario de todos los días para llegar a decirse según su identidad más profunda.

Con frecuencia, efectivamente, nos traicionan las palabras.

Cuando las palabras nos traicionan, recurrimos espontáneamente al

gesto. Un puñetazo, una simple mirada, un movimiento de cabeza,

una actitud que se toma, un propósito aplazado... el gesto nos manifiesta mediante la evocación silenciosa de nuestras relaciones

con los demás. En la Eucaristía Jesús se manifiesta en su más verdadera identidad porque se expresa en un gesto que hace

perceptible el acontecimiento en el que vivió más profundamente su compromiso de hombre vivo en relación con los demás hombres. Como Palabra expresada en un gesto, la Eucaristía nos remite a un nivel de profundidad donde es necesario encontrarnos con nosotros mismos si queremos expresarnos en una palabra en la que seamos plenamente dichos. Este nivel es el de las relaciones que mantenemos con los demás hombres, hermanos nuestros. No es, pues, una simple cuestión de vocabulario. Pero esto no es todo.

EU/GESTO: El gesto mediante el cual Jesús se manifiesta en la Eucaristía es el gesto de la fracción del pan y del vino compartido.

Este gesto es la Palabra en la que Jesús se expresa a sí mismo porque ese gesto hace memoria del acontecimiento de su vida en el que eligió ser absolutamente perdedor, humanamente hablando.

Entendiendo esta Palabra en lo que ella quiere decir, se la debe reconocer como la Palabra misma en la que Jesús se manifiesta al perderse absolutamente, como Verbo, para restituirse al Padre en el

misterio de la Vida (12). Según esto, la Eucaristía como Palabra no

es únicamente un don hecho a los hombres para estimular en ellos el deseo de expresarse según su identidad; provoca igualmente a los hombres para verificar en ellos la autenticidad de ese deseo.

No es extraño que el interés por «hacer memoria» de la vida de todos los que participan en una celebración eucarística, haga a veces, de esa celebración, más una celebración de la vida de los participantes que la celebración de la Pascua de Jesucristo. ¡Se

ha
«hecho memoria» entonces de uno mismo, como individuo o como grupo concreto! En último extremo, aunque todos los ritos se hayan respetado escrupulosamente, deberíamos preguntarnos si ha habido allí verdadera Eucaristía. Para que haya Eucaristía es necesario «hacer memoria de Jesús» y, al hacerlo, permitirle decirse a sí mismo en el gesto de la fracción del pan y el vino que se comparte. Este gesto no debe convertirse en una palabra a la que se hace decir algo diferente de lo que es. Y esto ocurre cuando uno ha encontrado el medio de expresarse a sí mismo por el mero placer de expresarse, complaciéndose en la forma en la que uno se ha expresado. Recordar cómo la Eucaristía es Palabra debe conducir a quienes la celebran, a verificar la autenticidad de su deseo de expresarse en ella. Y no se expresarán según su verdadera identidad si no aceptan vivir en ella su propia prueba de la Pascua. La prueba de la Pascua desnuda a todos los hombres de aquellas pseudo-identidades con las que les viste su propio narcisismo. Desde este punto de vista, quizá participan más realmente en la Eucaristía los disidentes y no conformistas que sufren persecución por haber rechazado alinearse conforme a una palabra que no es la suya, que los fieles practicantes de la Misa que se sirven de ella, aprovechándola para la idea que tienen de sí

mismos o del colectivo del que son miembros.

Es importante que las Eucaristías que se celebran en cualquier parte del mundo sean momentos en que se hagan presentes todos

los elementos de la identidad de quienes en ellas participan. Es importante que los participantes puedan hacer memoria en ellas de

todos los componentes por los que su identidad hunde sus raíces en

un pasado individual y colectivo. Por esto, en la plegaria eucarística,

hay «mementos» previstos que son parte integrante de ella.

Pero

estos «mementos» no deben ocupar en la Eucaristía un espacio tal

que se pierda de vista el «hacer memoria» esencial al que Jesús invitó a los Doce a lo largo de su última cena con ellos. Por este

«hacer memoria» la Eucaristía es Palabra en su sentido pleno. Y esta Palabra en la que Jesús, Verbo de Dios, se expresa, es

para

nosotros una instancia crítica para discernir la verdad de las palabras en las que nos expresamos nosotros. La Eucaristía como

Palabra dice a los hombres que,

mientras se contenten con expresarse con palabras, no se han abierto plenamente a su verdadero deseo humano: el «gesto» de su vida y de su muerte es la

única

palabra en la que todos, hombres y mujeres, pueden esperar

encontrarse plenamente expresados.

Por medio de este mensaje, la Eucaristía concentra a los hombres

de hoy en uno de los problemas que más les atormenta: el que les

plantea su voluntad de ser reconocidos.

Ciertamente es su deseo el que empuja al hombre, individual o colectivamente, cuando reivindica ser reconocido.

Y sin embargo, lo importante para el hombre, individual o colectivamente, no es ser reconocido. Lo importante es ser reconocido como quien es. Quien desea ser reconocido, y en ello

pone todos sus empeños, sin preocuparse primero de ser él mismo,

ignora su verdadero deseo. Como individuo o como grupo, prefiere

una imagen muerta a su propia vida: la imagen a la que él mismo se

ha aferrado.

La Eucaristía provoca al hombre para que quiera ser reconocido como quien realmente es.

La práctica de la Eucaristía hace desear al hombre su identidad más profunda: ¡la que tiene como su origen último! Pues el más remoto pasado del que el hombre necesita hacer memoria, para llegar a ser él mismo, consiste en el hecho de haber sido concebido,

querido y creado en el Verbo mismo de Dios (13).

La Eucaristía no es Palabra únicamente porque en ella se hagan lecturas o se lean algunos textos de la Escritura, Palabra de Dios. La

Eucaristía es Palabra porque Dios se dice en ella con su más verdadera identidad por medio del gesto de la fracción del pan y del

vino compartido, reconocidos como Cuerpo y Sangre de aquel en

quien el Verbo de Dios se ha encarnado.

Esta es la verdadera experiencia de la Eucaristía como Palabra.

Para quien ha penetrado en esta experiencia, la inquietud por expresarse en una palabra que le manifieste de verdad se transforma en una exigencia. Los acontecimientos de la vida, las

situaciones de la existencia, los encuentros y las luchas con el otro,

adquieren sentido como otras tantas vibraciones mediante las cuales

tratamos de llegar a decirnos a nosotros mismos, sin perder nada de aquello por lo que cada uno podemos llegar a manifestarnos mejor.

La palabra humana adquiere valor. No se ve en ella solamente una sucesión de palabras. Se reconoce en ella el balbuceo por el que el ser humano, arrastrado por su deseo, busca reencontrarse en toda la profundidad de su verdadera identidad.

4. Palabra eucarística y pedagogía del deseo de identidad

Como Palabra, la Eucaristía cuestiona al hombre en el terreno de la cultura.

La actividad por medio de la que el hombre se expresa, sea de palabra, de obra o en sus mismas obras maestras, ¿le permite reencontrarse a sí mismo en profundidad, sobrepasando su propia

expresión menos verdadera? ¿O se deja el hombre encerrar en los

aspectos más superficiales de sí mismo, corriendo incluso el riesgo

de no descubrir nunca la identidad profunda hacia la que su verdadero deseo le lleva?

Estos son los interrogantes que la Eucaristía plantea al hombre en

cuanto es una Palabra, la Palabra en la que Jesús, manifestándose

plenamente a los hombres, como individuos o como grupos, les provoca para que, también ellos, deseen manifestarse plenamente a sí mismos.

Pero en este terreno, como en el de la Mesa, la Eucaristía no es sólo una iniciación que plantea interrogantes al hombre, sino que es, también aquí, viático. Da al hombre las fuerzas necesarias para seguir adelante en la búsqueda de su verdadera identidad. Del narcisismo en el que el hombre se encierra con excesiva facilidad, hay que pasar a la afirmación de sí mismo de acuerdo con lo que verdaderamente uno es.

Antes de instituir la Eucaristía, Jesús dijo a sus amigos: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer...».

Al emplear la expresión «antes de padecer», Jesús remite ciertamente a su pasión y a su muerte cercanas. Pero esta expresión, en sus labios, remite sobre todo a toda la experiencia de los antepasados, tal como había sido resumida por los profetas en el retrato que hacen del «Siervo sufriente». Esta expresión, «antes de padecer», no conlleva ninguna resonancia masoquista de gusto por el sufrimiento. Únicamente recuerda que los hijos de Israel progresaron hacia su identidad como pueblo de Dios aceptando vivir una historia difícil. De la suficiencia egotista por la que se creían el centro del universo, pasaron al verdadero deseo que Dios había querido despertar en el hombre el día que llamó a su antepasado Abraham.

Como Palabra, la Eucaristía prolonga y relanza hacia su meta a la pedagogía que hizo posible que los hijos de Israel dieran este paso.

Para comprender esta pedagogía es necesario tener presente en el espíritu toda la experiencia bíblica para ver cómo ésta culmina en el momento en que Jesús se propone a los hombres como Pan de Vida.

Tres temas de reflexión:

- 1) La experiencia bíblica.
- 2) La propuesta del Evangelio.
- 3) La Eucaristía como viático para el acceso de cada uno a su verdadera identidad.

La experiencia bíblica

La Eucaristía como Mesa nos dio la oportunidad de acercarnos a la experiencia bíblica bajo el aspecto de la economía. Como Palabra,

la Eucaristía nos invita a recibir esta experiencia bajo el aspecto de la

cultura. Se trata de ver cómo el pueblo de Dios ha vivido la relación

consigo mismo en el camino que tuvo que recorrer para decirse a sí mismo.

Al principio de esta experiencia, existe en Israel la conciencia de ser un pueblo nacido de la Alianza con Dios (14). Israel cree haber

recibido su identidad del mismo Dios.

Es la identidad misteriosamente anunciada desde la primera conversación que Dios tuvo con Abraham: «Engrandeceré tu nombre» (15). Es la identidad precisada más tarde con el nombre

dado a Jacob por el misterioso desconocido con el que lucha una

noche entera: «En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel...» (16).

Es, finalmente y sobre todo, la identidad que se va a ir elaborando en

Israel mediante la puesta en práctica de la Ley recibida de Dios por medio de Moisés en los días del Horeb (17).

ELECCION/ORGULLO: Con esta identidad, el pueblo de Israel se afirmó ante los otros pueblos. Las batallas realizadas para conquistar

la tierra de Canaán fueron batallas también para lograr ser reconocidos (18). La experiencia bíblica coloca el punto culminante

de este proceso en el personaje de Salomón, ese rey del que habían

oído hablar todos los pueblos y reyes de la tierra (19). En este momento de su experiencia, los hijos de Israel son un grupo humano

consciente de su identidad. Tienen un nombre, un pasado, una historia. Esta historia se cuenta de padres a hijos lo mismo que, de

padres a hijos, unos a otros, se invitan a vivir según la Ley.

Pero precisamente a causa de estos logros, los hijos de Israel comienzan a hacer de su nombre, de su pasado, de su historia, e

incluso de su Ley, un motivo de autosuficiencia. Su identidad adquiere entonces un contenido ambiguo. La viven del mismo modo

que las naciones vecinas: en términos de autosuficiencia. Igual que

cada nación se cree el centro del universo, también Israel tiende a

hacer eso mismo (20). Paradójicamente, este horizonte se expresará

en el proyecto de ser «como las otras naciones», que ponen su propia suficiencia en ellas mismas.

ISRAEL/IDENTIDAD: En contra de este movimiento se escribieron

los capítulos 7, 8 y 9 del Deuteronomio. Israel ha jurado no olvidar al

Señor su Dios que le ha sacado de la esclavitud de Egipto. Este

juramento tiene como objeto llamar la atención de los hijos de Israel en el sentido de su identidad como pueblo de la Ley. A quienes sueñan con ser «como las otras naciones», Dios jura que su sueño «no se realizará jamás» (21). Esta palabra de Dios se verifica en los acontecimientos que imponen a Israel la prueba de la deportación, del exilio, de la dispersión. Borrado del mapa de las naciones, Israel se ve obligado a precisar las verdaderas raíces de su verdadera identidad. El pueblo reconoce que su identidad le viene, en primer lugar, de la elección por la que Dios, al darles una Ley, les ha dado con ella los rasgos de su rostro como pueblo (22). Superando la ambigüedad de las horas de gloria en que su rostro y su nombre se debía al prestigio de los reyes, este pueblo se encuentra a sí mismo en profundidad. Comprende que su verdadero nombre le viene de la relación con su Dios (23). Para ser él mismo, no tiene más que hacer que vivir según la Ley recibida de Dios (24). Más le vale a Israel no ser reconocido como pueblo por las demás naciones que ser reconocido por ellas en una fisonomía que no es la fisonomía del pueblo de Dios... Los israelitas que se prestaron a esa pedagogía por la que Dios les iba haciendo progresar hacia su identidad verdadera, fueron dando, día a día, más valor a este proceso de «hacer memoria». Para ellos, ese «hacer memoria» fue adquiriendo cada vez más importancia, por encima de las movilizaciones realizadas con las mismas armas que las naciones enemigas. Por las armas se define

una identidad superficial; pero se pierde la profundidad. Hay una deshumanización. Al «hacer memoria» se defiende la propia identidad en lo más esencial que tiene: la Alianza que hay que guardar. En apariencia son perdedores, pero esperan, de la fidelidad de Dios, ser conducidos a la vida, en el caso de ser excluidos de la tierra de los vivos por la maldad de sus enemigos (25). Al reencontrarse Israel a sí mismo en profundidad, esta nueva mirada le vale también para reencontrar en profundidad a los demás pueblos que le rodean e incluso le oprimen (26). Israel empieza a ver en cada uno de ellos un pueblo que lleva también un nombre particular a los ojos de Dios (27). Todos, cada uno a su manera, son llamados a vivir de la relación con Dios. Cada uno debe vivirla en su propia lengua y según su cultura particular (28). Tal es la meta de la experiencia bíblica tomada desde el ángulo de la cultura. En la medida en que Israel toma conciencia de ser un pueblo absolutamente único llamado a decirse una palabra única mediante la práctica de la Ley de Moisés, en esa medida los otros pueblos son reconocidos como llamados a decirse también ellos una palabra única. Esta palabra es única, no sólo en el sentido de que cada uno habla su propia lengua y vive según su propia cultura. Esta palabra es única sobre todo en el sentido de que cada uno vive con Dios una relación que le es particular y que le da, en última instancia,

su verdadera identidad. Esta relación hace de cada pueblo y de cada uno de los individuos de ese pueblo un ser único, irreductible a cualquier otro, llamado a decirse en una palabra única, la de su identidad más verdadera.

Aunque el conjunto de Israel no haya realizado este paso al que le provocaba]a pedagogía llevada a cabo por Dios, las Escrituras en su conjunto dan cuenta de este paso. Dan cuenta de él sobre todo por medio del personaje del «Siervo sufriente». El, que ha sido negado y renegado hasta no tener figura de hombre, es decir, hasta haber perdido toda identidad reconocible, hace posible a todos ser reconocidos por lo que son (29).

La experiencia bíblica se cierra con este mensaje. La búsqueda de la identidad no escapa a la ambigüedad que marca todas las marchas que la humanidad realiza. Al hombre le toca eliminar esta ambigüedad eligiendo una palabra para decirse a sí mismo: para ser reconocido, sea cual sea el precio o para decirse según la verdad de su ser.

La intervención de Jesucristo, al término de la experiencia bíblica, consiste entonces en volver a poner al hombre en presencia de esta ambigüedad para que se comprometa a eliminarla. Esta intervención es especialmente clara al presentarse Jesús como aquel a quien el Padre ha señalado con su sello para hacer de él alimento y bebida

para los hombres (30).

La propuesta del Evangelio

En el evangelio de Juan, una buena parte del capítulo 6 se dedica

a las palabras que Jesús dice presentándose a sí mismo como «Pan de Vida».

El pasaje central de estas palabras está dedicado a una polémica

surgida entre los oyentes de Jesús. Esta polémica revierte en un problema acerca de la identidad.

«Pero los judíos murmuraban de él, porque había dicho: Yo soy el

pan que ha bajado del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, hijo de

José, cuyo padre y madre conocemos?» (31)

A esta cuestión, como en otras circunstancias, Jesús no dará respuesta alguna.

El problema de la identidad está mal planteado si se acude al árbol

genealógico. Los únicos que plantean bien este problema son quienes se dejan instruir por el Espíritu de Dios.

«Está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Todo el que escucha al Padre y aprende su enseñanza, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de

Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que

cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida.» (32)

En estas palabras, Jesús afirma que él está en continuidad con la

experiencia bíblica vivida por los antepasados. Remite a sus

interlocutores a esta experiencia. Los antepasados dieron el paso desde los criterios de identidad basados en «la carne y la sangre» hasta los criterios de identidad de los profetas, que eran la fidelidad al Espíritu (33). Es el mismo paso este mismo que debemos dar también nosotros. Del lenguaje de la evidencia, tenemos que pasar al lenguaje del misterio (34). Acoger la propuesta hecha por Jesús al ofrecerse como alimento y bebida, equivale a abandonar un universo mental para pasar a otro.

CON-J/DON-D: No se trata de cambiar de lenguaje o de cultura. Los medios de lenguaje y cultura que nos son familiares permanecen, pero nos dejamos conducir hacia unas playas a las que ni este lenguaje ni esta cultura nos hubieran permitido llegar. Nadie llegará a estas playas desconocidas más que por el don de Dios y dejándose conducir por el soplo del Espíritu. Para tocar este puerto en el que Jesús se propone como Pan de Vida, no es necesaria la sociología o la psicología, ni haber practicado la crítica histórica de las fuentes o la lectura estructural de los textos. Todas estas ciencias son interesantes. Pero ninguna de ellas, ni todas juntas, bastan para hacer al hombre capaz de entender el discurso en el que Jesús expresa su identidad proponiéndose él mismo como Pan de vida que debemos comer.

En este punto, el discurso del Pan de vida debe ser situado en

SU

contexto para ser comprendido en todo su alcance.

El centro de este contexto lo constituye la travesía del lago.

LAGO/TRAVESIA-RUPTURA: Los discípulos hicieron esta travesía conducidos por la palabra de Jesús. Para ellos, esta travesía significaba la ruptura con las orillas del pasado. Los

interlocutores de

Jesús, sin embargo, no habían realizado esta ruptura. Estaban todavía en el estadio en el que el pueblo de Dios tomaba su identidad de aquellos aspectos de su historia que le permitían compararse con las otras naciones:

«Nuestros padres comieron el maná en el desierto.» (35)

Pero el camino al que Jesús invita al hombre supone que éste debe renunciar a buscar su identidad en los aspectos externos que

conllevan privilegios o ventajas. Es necesario rechazar esta identidad

que está hecha únicamente de autosuficiencia. La travesía del lago

simboliza esta renuncia. En adelante, ya no se pedirán a Dios milagros para distinguirse de los otros pueblos. Se acabaron los signos hechos por un poder de Dios que nos evita el tenernos que

hacer a nosotros mismos. El único signo al que debemos aferrarnos

es el hecho de llegar a ser nosotros mismos

Si consentimos en atravesar el lago, lo hacemos porque nos dejamos atraer hacia Jesús por el Padre. Esta atracción no la podemos recibir si permanecemos encerrados en casa. La recibimos

en plena vida, dejando que ella nos despierte para reconocer quiénes somos verdaderamente. Aceptamos recibirnos a nosotros de

parte de Dios en los mismos acontecimientos de la existencia.

Poco a

poco, nuestra mirada va traspasando las puras apariencias. En

el
juego de los acontecimientos, el hombre se abre al misterio de
su
verdadera identidad. Es capaz, entonces, de escuchar cómo
Jesús le
manifiesta el misterio de la suya.
Lo propio de la Eucaristía como Palabra es que no signifique
nada
para quien, en la palabra, no busca más que el enunciado de un
Saber. La Eucaristía existe porque en ella se hace memoria del
resucitado. La Eucaristía nos dice, como Palabra, que la
verdadera
identidad de un ser humano hay que buscarla en aquel nivel de
la
propia vida en el que el ser humano ya no da pie a la muerte.
Ahí está justamente lo que Jesús pretendía que sus
interlocutores
de Cafarnaúm, admitiesen el día en que les manifestó su propia
identidad como Pan de vida:

«Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron;
éste es el pan que baja del cielo, para que lo coman y no
mueran»

(36)

Al pronunciar el discurso sobre el Pan de vida, Jesús propone a
los hombres que se abran a esta identidad.

CR/IDENTIDAD: La Eucaristía llama al hombre a «hacer
memoria»

de aquello que, en él, es su verdadera historia: su nacimiento a
la

vida de Dios. La Eucaristía dice a cada hombre que su «carnet
de

identidad», antes que el estado civil, el grupo sanguíneo o el
patrimonio genético, debe evocar un nacimiento que es su
verdadero

nacimiento: el nacimiento de todo ser humano en el Verbo, en
el

corazón del misterio de vida que es Dios.

Entre el lenguaje de la evidencia y el lenguaje que remite a este misterio, este segundo es el más exacto, el más verdadero, el más

expresivo de lo que somos nosotros mismos: la Eucaristía hace pasar

al hombre de afirmar su identidad por medio de sus aspectos más

superficiales, al deseo de reencontrarla en lo que tiene de más profundo.

La Eucaristía, viático hacia la identidad verdadera de cada uno

El tiempo en que vivimos plantea de un modo dramático el problema de los derechos humanos. El hambre, la guerra, la tortura,

los campos de concentración, los desplazamientos de poblaciones

enteras no hacen sino demostrar que estos derechos son universalmente burlados. Las miradas de niños esqueléticos o desfigurados nos persiguen: «¿Pero es esto posible?»... , dicen esos

ojos como de animales acorralados...

Sí, es posible. Ahí están los hechos.

EU/DERECHOS-HUMANOS: Tal vez los derechos humanos están escarnecidos porque los hombres no han profundizado lo suficiente

en el sentido de su verdadera identidad. Los hombres se vuelven a

aquellas épocas sombrías en las que sus antepasados no sabían reconocer su propia identidad más que en la caverna, la horda o el

clan. Esos hombres no saben definirse más que por evidencias: el

color de la piel, el estado civil, el carnet del partido, el talonario de

cheques o los dividendos. Tales hombres ya no saben ser

alguien si
no es buscándose enemigos.
Como Palabra, la Eucaristía pone al hombre en guardia contra esa
necesidad de crearse enemigos para expresar su identidad. La
frecuencia de la Eucaristía inicia al hombre en la superación de la
evidencia. Esta Palabra en la que Jesús de Nazaret se dice en su
identidad más profunda porque se comparte el pan y el vino en
memoria suya, no es una Palabra en la que se expresen
evidencias.
Es una Palabra que hay que escuchar con atención: hay que
penetrar en ella y dejarse penetrar por ella para llegar al fondo
de su
contenido.
Quienes celebran la Eucaristía hacen memoria en ella del
resucitado. Proclaman que la identidad de Jesús no se reduce a su
estado civil ni a la historia de Jesús de Nazaret. A quien hacen
volver
es, ciertamente, el hijo de María; pero es también el Verbo de
Dios
arrancado de la muerte por el Padre, en el Espíritu.
Vivir este proceso de la celebración eucarística nos debe
conducir
normalmente a reconocer y a proclamar que la propia identidad
y la
de cualquier hombre no se reduce sólo a los elementos
analizables y
cuantificables de su estado actual o de su vida conocida.
La Eucaristía, desde su propia lógica, impone reglas muy
concretas para acercarse hasta la identidad del prójimo. Un
hombre
o un grupo de hombres, no puede reducirse a su historia tal
como la
contaron sus contemporáneos o como permiten reconstruirla
sus

escritos. Quien escucha verdaderamente la Palabra que es la Eucaristía, se hace incapaz, en un cierto sentido, de expresar la identidad del otro. Quizá sea éste uno de los frutos que debiéramos sacar de eso que nuestros abuelos llamaban «vivir la Misa». Pero la Eucaristía, tomada en su propia lógica, impone reglas también para que el hombre acceda a su propia identidad. Un hombre o un grupo de hombres no consiguen ser ellos mismos tan sólo con poner todo el cuidado en distinguirse de los demás; los hombres y los grupos humanos no llegan a ser verdaderamente ellos mismos más que por un movimiento de convertirse mutuamente en alimento y bebida unos de otros. La Eucaristía es la Palabra en la que Jesús se manifiesta porque dice «Soy yo», mientras presenta a los suyos el pan partido y la copa de vino. Ningún hombre se dirá a sí mismo en una palabra que sea su verdadera palabra si no es presentando a los otros un alimento y una bebida, mientras les dice «Soy yo». La experiencia humana nos enseña que los hombres llegan a ser más plenamente lo que son, al entregarse. La Eucaristía es una Palabra viva que ratifica este dato de la experiencia. El acceso a la verdadera identidad pasa por la reciprocidad. Quizá el olvido de la Eucaristía es lo que ha deformado, en el mundo cristiano, el sentido de la generosidad. La generosidad se ha transformado en un simple altruismo. Han prosperado la beneficencia y la labor asistencial. ¿Qué ha sido del avance de los hombres hacia

su verdadera identidad? A los pobres les hemos dicho: «Tomad, comed», pero no hemos añadido: «Soy yo». Tal vez porque, al no decir ese «soy yo», queríamos conservarnos a nosotros mismos un poco más de tiempo para hacer bien a los demás... Pero esta complacencia en los beneficios prodigados al prójimo no conduce al ser humano a profundizar en su propia identidad en lo que ésta tiene de más verdadero. Se cae en el narcisismo y acaba uno por sumergirse del todo en él.

El ser humano no tiene acceso a su verdadera identidad si no es por un encuentro con los otros que le arranque de toda complacencia en sí mismo. Nadie descubre su nombre si no es llamado con ese nombre por el otro. El nombre no nos lo damos a nosotros mismos. Lo recibimos. «Yo me llamo», quiero decir en realidad: «A mí me llaman »... La Eucaristía nos ayuda a comprender este juego de los nombres. Necesitamos que se haga memoria de nosotros para poder llegar a la verdad de la palabra que somos. La Eucaristía como Palabra nos advierte que nadie hará memoria de nosotros si primero no consentimos, como Jesús, en soportar la prueba del olvido.

Todo ser humano, de uno u otro modo, debe vivir esta prueba. Debe consentir ser olvidado e incluso renegado por los suyos cuando éstos quieren que sea lo que sueñan para él, si eso que ellos sueñan no es lo que él siente en sí como su vocación de ser.

Nadie se convierte en la palabra por la que llega a decirse si no es atravesando la muerte de toda palabra en la que los otros (¡los suyos!) hubieran querido que se dijera. Sólo atravesando esta

prueba se puede hacer memoria de él.

Estas reflexiones a partir de la Eucaristía como Palabra nos pueden ayudar a encontrar de nuevo sentido a la palabra generosidad tal como se ha usado en el lenguaje cristiano durante mucho tiempo.

Siendo fieles a su etimología, por la que esta palabra deriva del latín «genus» (raza), la generosidad cristiana no es el movimiento

por el que uno se deja devorar por el otro, casi hasta con placer... La

generosidad cristiana, inspirada por la Eucaristía, es el movimiento

por el que un ser humano bautizado se muestra digno de sus tradiciones, de sus orígenes, de su raza. Cuando Jesús dice a los

suyos «Tomad, comed, soy yo»..., no es un supersacrificio sentimental que necesita con avidez ser devorado por los otros. Es el

Verbo de Dios que habla a los hombres con palabras humanas el

mismo lenguaje que habla con su Padre, en el movimiento mismo por

el que vuelve a él en su misterio de vida trinitaria. Por parte de quienes participan en la Eucaristía, si son conscientes de que la Eucaristía es Palabra, decir al otro «tomad, comed, soy yo»..., es

intentar hablar entre los hombres del mismo modo como las Personas divinas se dicen en Dios. Quienes se dicen de esta manera

tienden hacia su más verdadera identidad: su identidad de hijos,

nacidos del Padre en Jesucristo. Hombres y mujeres que son de la raza de Dios (37).

Llegar a tomar conciencia de su verdadera identidad como pueblo

de Dios le exigió a Israel dieciocho siglos de pasos progresivos, en una lenta pedagogía.

La lectura de la Escritura nos permite encontrar esta misma pedagogía realizándose en nuestras vidas. Pero es la Eucaristía como Palabra la que hace al hombre capaz de comprender lo que la

Escritura dice sobre esto. Aquel de quien se hace memoria en ella es

el único que puede hacer que los hombres, las mujeres o los grupos humanos, hagan memoria de su propio pasado sin encerrarse en él.

Puede hacerlo porque él es el Resucitado. En él han sido quitadas

las piedras de todos los sepulcros donde los hombres destruyen su

verdadera identidad queriendo conservar la identidad superficial en

la que el narcisismo les aprisiona.

Ahí está la importancia del acercarse a la Eucaristía como Palabra.

No se trata únicamente de dar toda su importancia a las lecturas

que se hacen en la primera parte de la celebración eucarística.

Se

trata de escuchar a Jesús mismo que se dice en la Eucaristía como

Palabra que le manifiesta.

Hablar, para Jesús, siempre fue decirse en la fe al Padre, según la

verdad de sí mismo en sus relaciones con él. Como Verbo hecho carne, se manifestó, pues, en palabras de carne. Se manifiesta plenamente en el acto por el que se rompe a sí mismo en su cuerpo

y se derrama a sí mismo como sangre. «Hacer memoria de él» no es

sólo repetir sus palabras y sus gestos como palabras y gestos exteriores a nosotros mismos. Hacemos verdadera memoria suya cuando le hacemos volver a nuestras vidas. Entonces, él llega como quien es nuestra más profunda identidad. Y nos permite reencontrarnos en esta identidad más profunda arrastrándonos en su seguimiento hasta hacernos desear ardientemente ser perdedores, humanamente hablando, con la única condición de ser perdedores con él.

Participar en la Eucaristía es proveerse del viático para el camino que debemos hacer para tener acceso a las dimensiones más misteriosas de nuestra verdadera identidad. Nuestro corazón es provocado así a dejar que, desde lo profundo de sí mismo, emerja la verdad de lo que quiere llegar a ser: algo que el hombre no puede concebir ni determinar como proyecto suyo (38) y que es, sin embargo, su verdadero deseo.

Como Palabra, la Eucaristía es para los hombres a un tiempo iniciación en su verdadero deseo de identidad y viático para obedecer al impulso de este deseo, hasta la identidad cuyo ejemplar es el Verbo en el misterio de Dios.

En esto, la Eucaristía es un interrogante lanzado a los hombres acerca de todas las prácticas por las que, como hombres o como mujeres, buscan ser reconocidos. Para quienes quieran acogerlo, este interrogante puede formularse con palabras del lenguaje más corriente:

¿Con qué rima el hablar en nuestra vida?
Naciones y regiones, familias e individuos, parejas y grupos,

todos reivindicar el derecho a la palabra. ¿Para qué sirve esta reivindicación? Porque la cuestión es saber si la palabra de un hombre es una palabra verdadera en la que se dice a sí mismo, o si esta palabra no es más que una vibración sonora, externa a él. ¿El hombre habla para llegar a decirse según la verdad que está en él? ¿O será sólo una ocasión para escucharse a sí mismo? O, al obligarse a decirse a los otros, ¿será el hablar un lugar privilegiado para despertar a esa «bella durmiente del bosque» que es el deseo, para que nazca como deseo de identidad? La Eucaristía, comprendida como Palabra, dice a los hombres que no pueden ser indiferentes al modo de decirse ellos mismos. La Eucaristía podría ser así una instancia crítica que permitiera a los hombres plantear mejor el problema de la cultura. La Eucaristía denuncia como falsa, de modo muy particular, la idea excesivamente difundida que identifica cultura con posesión del saber. La posesión del saber, lejos de contribuir a hacer, de un individuo o de un grupo, un ser humano cultivado, termina por deshumanizarle, porque le despista de la búsqueda de su verdadera identidad. El espejismo del saber no conduce más que a la alienación humana. Se le hace creer a uno que será reconocido en la medida en que sepa más y más. Pero este hombre alienado por su saber acaba por no darse

cuenta,
incluso, de que no es reconocido por sí mismo, sino únicamente por el barniz que le hace brillar en un mundo que se ha convertido en un salón para nuevos ricos. En un salón como ése, todos pasan el tiempo mintiéndose unos a otros. Pero todos también, se mienten a sí mismos. Este género de cultura no es más que la depravación del hombre.

La única cultura que está al servicio del hombre es aquella en la que los hombres se apropian del saber del modo que les es propio, haciendo memoria de todo lo que son. Se cultivan entonces ellos mismos de acuerdo con el deseo que les empuja a crecer según su propia identidad.

Reconocida como instancia crítica en relación a los procedimientos de apropiación del saber, la Eucaristía como Palabra puede hacer cambiar la mirada del hombre sobre sí mismo. Le hace ver con mayor profundidad aquello por lo que debe reivindicar ser reconocido: su verdad como hombre. Lejos de contentarse con querer ser reconocido por solas sus obras humanas, toma conciencia del derecho a ser reconocido que le viene de un origen que se remonta bastante más lejos que todo aquello de lo que puede hacer memoria con su sola memoria humana: el deseo de existir según una identidad humana enraizada en una llamada divina.

Para un proceso de Revisión de Vida.

(Si se trata de hechos en los que el problema para el hombre es ante todo el de ser reconocido.)

La Eucaristía ayuda a la transparencia de nuestra mirada sobre nosotros mismos.

1) La voluntad de ser reconocidos es una de las señales del Reino de Dios.

2) En la medida en que nos acercamos al Reino de Dios, deseamos cada vez menos ser reconocidos por la sola satisfacción

de ser reconocidos. Queremos ser nosotros mismos.

3) El acceso al Reino queda atestiguado por el hecho de que, aunque fuera necesario perderse a sí mismo, sin embargo uno quiere decirse a sí mismo en relación a los otros, según su identidad más verdadera.

M. ABDON SANTANER
EL DESEO DE JESÚS

La Eucaristía como Mesa, Palabra y Asamblea
Sal Terrae. Colección ALCANCE 24
Santander 1982. Págs. 63-107)

.....
(1) J. Jeremías op. cit., págs. 42-46.

(2) Ex 12, 24-27, Dt 6, 20-24.

(3) 2 Tm 2, 8.

(4) 1 Co 11, 24-25; Lc 12, 19.

(5) J. Jeremías, op. cit., págs. 283-304.

(6) Dt 6, 12, Jer 2, 2; Jer 3, 12; Jer 4, 1; Jer 31, 16-22...

(7) Dn 9, 17-19 y 25; Ne 1, 8.

(8) Jn 10, 18.

(9) Jn 8 25, Jn 12, 50.

(10) Jn 14, 9.

(11) 1 Co 15, 3.

(12) Ver mi libro Homme et Pouvoir. Eglise et Ministere, pág. 65.

- (13) Col 1, 17.
- (14) Is 44, 1-2.
- (15) Gn 12, 2.
- (16) Gn 32, 29.
- (17) Ex 19, 5-6, Dt 7, 6.
- (18) Jo 2, 9-11, 5, 1.
- (19) 1 Re 5. 9-14.
- (20) Ps 46, Ps 48, 2 Cro 13, 4-12.
- (21) Ez 20, 32.
- (22) Sab 19, 22; Ba 3, 94, 4.
- (23) Ba 1, 15-3, 8, Jer 14, 9; Dt 28, 10; Ez 35, 20-23.
- (24) Ps 119.
- (25) Ba 4, 5-ó; Is 26, 19; Is 49, 18-24.
- (26) Za 8. 20.
- (27) Mal 1, 11; Ps 87.
- (28) So 3, 9.
- (29) Is 42, 1; Is 52, 14-5 y 53, 11.
- (30) Jn 6,27.
- (31) Dt 10, 16; Jr 4, 4; Ez 36, 26-27.
- (32) 1 Co 1, 17-25.
- (33) Dt 10, 16; Jr 4, 4; Ez 36,26-27.
- (34) 1 Co 1, 17-25.
- (35) Jn 6, 31.
- (36) Jn 6, 49-51.
- (37) Hch 17, 28-29; Hb 1, 11.
- (38) Ef 3, 20-21.